
PANEL III

MOVILIDADES Y ALTERACIONES CONTEMPORÁNEAS

- ALTERNATIVAS PARA UN MUNDO INTERCULTURAL

Ramin Jahanbegloo

- DIÁLOGO INTERCULTURAL Y CINE: ESTUDIO
COMPARATIVO DE LA REPRESENTACIÓN DEL ISLAM
EN HOLLYWOOD Y BOLLYWOOD

Rajesh Kumar

Ramin Jahanbegloo

Profesor de Ciencias Políticas, Center for Ethics, Toronto University)

ramin.jahanbegloo@utoronto.ca

La creciente interconexión entre las culturas y su creciente movilidad plantean un reto sin precedentes para la investigación contemporánea en las ciencias sociales y políticas. No obstante, en aparente contraste con estas tendencias, la producción de conocimiento en el ámbito académico dominante se aferra a una tradición de dicotomías culturales que refleja un rígido enfoque clasificatorio del conocimiento. De hecho, estamos viendo cómo, en un mundo cada vez más intercultural e interconectado, la idea de una cultura homogénea y aislada va perdiendo relevancia. Podemos secundar el razonamiento de pensadores como Amartya Sen y afirmar que no hay nada nuevo en este proceso de interculturalidad e interconectividad global. Según Sen, «A lo largo de miles de años, la globalización ha contribuido al progreso del mundo a través de los viajes, el comercio, la migración, la propagación de influencias culturales y la divulgación del conocimiento y el entendimiento (incluidos el de la ciencia y la tecnología). Estas interrelaciones globales a menudo han resultado muy productivas para el progreso de distintos países.

Y no siempre han adoptado la forma de una mayor influencia occidental.»¹ Yo diría que Sen se refiere más a la idea de «interculturalidad» como coexistencia de culturas.

No obstante, la globalización ofrece a las distintas culturas un amplio espectro de posibilidades para desplazarse en otros entornos. Dicho de otro modo, existe un tipo de interconectividad mundial sin precedentes que queda patente en el impacto de la movilidad del conocimiento y las nuevas tecnologías. Por último, aunque no por ello sea menos importante, uno de los retos de la movilidad del conocimiento y el diálogo intercultural podría ser el aumento de la «incertidumbre». Ya no estamos en un contexto de investigación homogéneo, estable, localizado y predecible. De hecho, desde una perspectiva investigadora, la incertidumbre constituye una cuestión extremadamente importante al proporcionar un punto de contacto entre psicologías particularistas y realidades transculturales.

1. Sen, Amartya, *The American Prospect*, 1 de enero 2002 v13 i1 pA2(5)

El diálogo intercultural en nuestros días constituye una alternativa para un mundo plural que nos conduciría a un nuevo proceso de reinención del conocimiento reflexivamente consciente de los orígenes interculturales de sus presuposiciones

Perspectivas y dificultades teóricas

El «diálogo entre culturas» es un concepto absolutamente general que varía enormemente entre sistemas. Esta observación podría sugerir que no pueden establecerse las necesarias conexiones, positivas o negativas, entre culturas ni un diálogo que promueva un mundo pacífico y democrático. No obstante, merece la pena estudiar la relación entre cultura y diálogo, sobre todo porque el discurso público está plagado de afirmaciones, tanto favorables como críticas, sobre el diálogo entre culturas. Por lo tanto, consideramos que es preciso arrojar nueva luz sobre este tema. Probablemente sea un signo de los tiempos que los actores políticos, académicos y sociales vuelvan a plantearse el problema del diálogo entre culturas. Huelga decir que la globalización está promoviendo cambios fundamentales en todo el mundo. El ritmo al que las culturas establecidas están cambiando como resultado de la mezcla de personas e ideas, y de los flujos de bienes y servicios, pone de manifiesto que no siempre es posible identificar qué aspectos han permanecido invariables en las distintas culturas en las que se han producido estas transformaciones. En este sentido, el único modo de que las culturas pueden construir un futuro común con creatividad es mantener un diálogo conjunto en lugar de replegarse en un paradigma de identidad exclusiva o de abandonar su patrimonio cultural ante la uniformización que impone la globalización política y económica. Para que esto sea posible, toda cultura debe cumplir dos condiciones: en primer lugar, estar dispuesta a buscar el diálogo con otras culturas y, en segundo lugar, que exista un consenso generalizado respecto al objetivo de crear «valores comunes compartidos» más allá de la legítima diversidad de las culturas. Es decir, cada cultura puede ver el mundo de formas muy distintas aunque comparta normas universales. Las culturas con valores comunes compartidos buscan lo universal (y por consiguiente la mutualidad y la solidaridad) de manera natural, si bien el proceso de diálogo entre ellas crece en la diversidad, promoviendo así la diferencia. El diálogo entre culturas constituye una tarea filosófica, y por tanto supone una tarea política urgente para nuestro mundo. Gracias al alcance global de la información en nuestros días, los miembros de las sociedades más tradicionales y aisladas se ven expuestos a diario a distintas formas de ideas, instituciones, prácticas morales y sociales, y modos de vida que promueven un sentimiento de pertenencia común a la humanidad y la ciudadanía global. Dicho de otro modo, la diversidad se ha convertido en un hecho ineludible de la vida de este siglo global nuestro.

Todo investigador, no solo los científicos sociales, que se interese por los principales temas de la cultura humana contribuye a promover el respeto por la diversidad cultural. Actualmente, el investigador se enfrenta a un universo todavía más amplio e intercultural, algo que debe tener constantemente presente. Y al hacerlo, no podrá dejar de promover el respeto por la diversidad cultural. Sin embargo, las relaciones entre culturas en un mundo plural son demasiado complejas para quedar reducidas a la mera necesidad de diálogo. Es labor del investigador analizar y explicar esta complejidad, incluso cuando conduce a la creación de mejores relaciones entre culturas. En mi opinión, somos plenamente conscientes de que el diálogo intercultural en nuestros días constituye una alternativa para un mundo plural que nos conduciría a un nuevo proceso de reinención del conocimiento reflexivamente consciente de los orígenes interculturales de sus presuposiciones.

No obstante, el proceso de construcción intercultural del conocimiento debe tener en cuenta cuatro elementos:

- a) **Identidad:** no existe una identidad fija y monocultural. Así, la identidad se entiende como un proceso de liberación permanente que requiere una tarea constante de discernimiento dentro del universo cultural con el que cada persona se identifica.
- b) **Un sentimiento de pertenencia:** la cultura de origen no es para una persona su destino inexorable sino su situación histórica original. La cultura de origen es la situación sociohistórica original de la persona y constituye un *punto de apoyo* que la *sitúa* en una visión específica de sí misma, en relación con los otros y con el mundo, pero que no la dispensa de la tarea de tener que abrirse su propio camino.
- c) **Respeto y reconocimiento:** el respeto y el reconocimiento de las culturas debe verse, así pues, como un requisito ético que busca, en última instancia, establecer las verdaderas condiciones *prácticas* de una investigación en materia de interculturalidad.
- d) **Narrativas y relatos:** si el diálogo intercultural está llamado a convertirse en un diálogo interpersonal real, las narrativas y los relatos deberían formar parte integrante de su discurso. En este sentido, la interculturalidad constituye una constante negociación y renegociación de los múltiples y mutuos momentos de coexistencia.

Metodología

Mi trabajo se ha basado, y sigue basándose, en una perspectiva pluralista de la diversidad cultural. Como suele suceder, este hecho me ha enfrentado directamente al reto que plantea el constante legado de monismo moral en el proceso contemporáneo de creación de conocimiento. Si bien mis artículos no desarrollan esta teoría de manera explícita, sí reflejan determinados aspectos cruciales de la misma. Para mí, el pluralismo cultural constituye una condición previa necesaria de vida consciente y estudiada que nos permite marcar una distancia crítica respecto de nuestro arraigo cultural inicial. En consecuencia, mi esfuerzo teórico ha consistido en intentar superar dificultades tales como las fronteras aceptadas existentes entre «nosotros» y «ellos», rechazando al mismo tiempo el monismo epistemológico. Lo que conforma la subestructura de este monismo epistemológico es la presuposición teórica de que existe una cultura humana unitaria, lo cual abre las puertas a la posibilidad de un ideal universal de desarrollo humano. Así, he llegado a la conclusión de que no solo existe una pluralidad de culturas, sino también una pluralidad de conocimiento que hace que cualquier temperamento o actitud monocultural resulten sesgados. De este modo, el punto de partida de un proyecto de investigación intercultural podría ser una pluralidad de visiones del mundo que no están herméticamente cerradas. Como Isaiah Berlin señala claramente: «La vida puede verse a través de muchas ventanas, ninguna de ellas necesariamente transparente u opaca, ni más o menos distorsionada que las demás». Alterar los espacios de conocimiento y las áreas de contacto entre visiones del mundo que ya están informadas, conformadas y limitadas por las prácticas textuales existentes que constituyen un terreno específico, y extremadamente contingente, de relaciones de poder. Por lo tanto, en lugar de hablar de «modernidad» en singular, quizás deberíamos hablar de «modernidades» en plural. Si esta perspectiva de diversidad por lo que respecta a la

La identidad se entiende como un proceso de liberación permanente que requiere una tarea constante de discernimiento dentro del universo cultural con el que cada persona se identifica

Existe una pluralidad de culturas, sino también una pluralidad de conocimiento que hace que cualquier temperamento o actitud monocultural resulten sesgados

La devaluación del Otro siempre ha creado un sentimiento de seguridad en las naciones que aplaca los miedos suscitados por la violencia y el caos internos

unidad de la modernidad es correcta, entonces podremos ver hasta qué punto el modelo eurocéntrico de modernidad está condenado al fracaso en un mundo multicultural en el que el deseo de modernizarse siempre va acompañado de un llamamiento a la diferencia. La creación de conocimiento intercultural sugiere cierto nivel de «humildad epistémica» como fundamento de los proyectos interculturales políticos y éticos. Es decir, el diálogo constituye una relación recíproca por lo que respecta a lo ético como forma de relacionarse con la veracidad. El diálogo es, pues, un acto hermenéutico que consiste en permanecer fiel a lo ético, mientras nos comprometemos a percibir el espíritu del Otro desde una perspectiva tridimensional de mutualidad, solidaridad y hospitalidad. Valorar la hospitalidad, la mutualidad y la solidaridad también podría constituir el antídoto necesario para los miedos endémicos derivados de la percepción errónea, los malentendidos y los estereotipos del Otro. Como categorías éticas, la solidaridad, la mutualidad y la hospitalidad representan una función dialógica, pero también tienden una mano amiga al Otro como extensión del espíritu que se mueve en su interior. En este sentido, todo diálogo se inicia con un esfuerzo espiritual de apertura en medio de la diversidad étnica y la pluralidad cultural. La protección de la diversidad no puede ser eficaz a menos que nos deshagamos de las amenazas de ignorancia y el rechazo hacia el Otro. Así, el hecho de perpetuar estereotipos nocivos sobre otros siempre ha bloqueado las vías de diálogo a lo largo de la historia de la humanidad. Los estereotipos son motores que alimentan la intolerancia. Tienen su origen en la falta de experiencia del mundo y en la infravaloración de otras culturas y civilizaciones. Este tema ha constituido una fuente constante de debate desde su aparición. Afecta a todas las culturas que basan sus opiniones sobre los demás en un conocimiento mínimo o limitado de ellos. Los estereotipos surgen cuando las culturas se miran sin llegar realmente a observarse ni a entenderse. Resulta interesante que, si bien los prejuicios han sido un tema recurrente a lo largo de los siglos, las personas siguen recurriendo a estereotipos para clasificar a los demás. Siguen percibiendo a los demás no como diferentes, sino como inferiores en su capacidad de aprender, tomar decisiones o gobernarse. La devaluación del Otro siempre ha creado un sentimiento de seguridad en las naciones que aplaca los miedos suscitados por la violencia y el caos internos. Al externalizar un mal hacia otra raza, cultura o religión, nos «purificamos» declarando «impuro» al Otro. La responsabilidad del mal se proyecta en otra cultura. Se percibe así al Otro como una amenaza y como un posible enemigo, que puede ser perjudicial para la unidad comunal de la nación. A medida que la imagen del enemigo se desarrolla, el Otro va gradualmente deshumanizándose. Todo esto puede derivar hasta el extremo de percibir al enemigo literalmente como demoníaco y considerarlo la encarnación del mal. Sin embargo, la imagen del enemigo tiende a empobrecer la propia identidad de una nación en el sentido de que esta puede caer en la tentación de definirse a sí misma fundamentalmente como lo opuesto de su enemigo. Es decir, esta imagen fomenta la rigidez monolítica y la falta de profundidad y complejidad. En este sentido, una característica universal de la imagen del enemigo es la necesidad de violencia contra el enemigo. Al proyectar la culpa de nuestras responsabilidades en nuestro enemigo, estamos protegiendo nuestra propia autoestima de los errores e injusticias que ha generado. Por lo tanto, si bien el fenómeno del enemigo constituye una excusa poderosa para no aceptar la realidad, la imagen del enemigo no solo es muy peligrosa para el diálogo entre culturas, sino que también tiene

consecuencias muy negativas para la vida nacional de las culturas. Así pues, trascender la imagen del enemigo requiere inevitablemente ascender a un nuevo nivel de pensamiento y acción en relación con las demás culturas. Una vez creado este modo de pensamiento, nacerá un deseo de verlo todo desde una perspectiva que refuerce el diálogo. El diálogo abre la mente y acaba con la resistencia al cambio en las culturas. Pero también amplía el alcance del debate sobre la idea de «cultura» en sí misma. El entendimiento dialógico como la verdadera matriz del encuentro hermenéutico siempre genera una lógica de diferenciación y negociación constante que busca implantar un nuevo enfoque del fenómeno de la civilización como proceso de autoconciencia humana. Es decir, no puede darse un proceso fenomenológico de civilización sin una actitud sólida de atender a los demás seres humanos y compartir con ellos como ciudadanos de la historia del mundo. Sin embargo, la reivindicación de que la ciudadanía dialógica radica en la autoridad de la tradición en general niega la posibilidad de autorreflexión crítica y su posibilidad de romper con los elementos dogmáticos en todas las tradiciones de pensamiento que luchan contra cualquier intento de diálogo. Debería añadir que el entendimiento hermenéutico de las tradiciones (tanto religioso como cultural), inscrito en una fenomenología de diálogo, nos permite descubrir una voz común en distintas tradiciones de pensamiento. Por lo tanto, incluso en una sociedad cerrada y dogmática en la que los ciudadanos están discriminados y divididos, sigue habiendo cierto margen para el diálogo que puede fomentarse en ausencia de una cultura del diálogo, dando voz a los elementos de solidaridad y unión que subyacen a la vida cívica de cada tradición. En este sentido, lo que realmente puede hacer realidad y llevar a la práctica este estado de interconectividad no es la racionalidad ni el uso de idiomas, sino una percepción empática de unión. Esto es, el sentimiento de empatía implica necesariamente compartir la vida con los demás. Es el reconocimiento del hecho de que dentro del contexto de la vida humana existen seres humanos iguales a nosotros, pero a la vez distintos porque pertenecen a una tradición de pensamiento distinta. De ello se desprende que el hecho de vivir en una tradición de pensamiento viene automáticamente acompañado de un sentimiento de valores compartidos con otros miembros de la misma comunidad, pero también tiene que ver con lo que podríamos llamar un impulso universal, en el sentido de que su orientación hacia su propia experiencia vital se basa en el conocimiento de otras comunidades como experiencias diferentes de una misma vida común. Esta idea de vida compartida une a los miembros de las distintas comunidades de formas distintas, si bien esta unión no nace del reconocimiento del hecho de que otras comunidades y culturas son, o deben ser, parecidas entre sí. Huelga decir que nuestra posición dentro de una cultura o tradición específica no puede distinguirse del intento de subsumir la historia individual de cada uno en la historia común de la humanidad. Esta historia común se nos presenta como un destino común, y a través de su presencia se invoca, representa, debate y revisa nuestro devenir común. Gracias a estas concesiones mutuas, algo inéditamente nuevo surge como consecuencia de ese destino común. Lo que todos tenemos en común es el paso a la historia de un destino humano que nos es común a todos. Así, podemos decir que el descubrimiento de un destino común es el resultado positivo del proceso dialógico entre culturas y tradiciones. Cada cultura se descubre a sí misma en las demás culturas, y las demás culturas en ella al ver a la vez algo común y algo distinto. Así pues, se crea un sentimiento de solidaridad, no solo al tomar conciencia de esas similitu-

Cada cultura se descubre a sí misma en las demás culturas, y las demás culturas en ella al ver a la vez algo común y algo distinto

Las bases de la auténtica interculturalidad suponen un reconocimiento de la necesidad y la puesta en valor del concepto de «convivir»

des, sino también gracias a los elementos diferenciadores de cada cultura humana. De hecho, estos elementos diferenciadores pueden llegar a despertar en una cultura una conciencia solidaria respecto de otras culturas. Esta conciencia no se basa exclusivamente en el conocimiento de los Otros, sino también en una empatía recíproca. El diálogo con los Otros es un diálogo con nosotros mismos. Dicho de otro modo, toda cultura ve a las demás culturas como un evento y una apertura. La presencia de la otra cultura es vital para crear nuevas posibilidades, y así, gracias a los encuentros con otras culturas, surge una nueva perspectiva de la verdad. Por lo tanto, cada cultura puede actuar como correctora de las demás culturas. La solidaridad que emerge a partir de un diálogo de culturas siempre irá acompañada de una perspectiva de vida común que todos, como seres humanos, compartimos.

Originalidad y aportación de la investigación intercultural

Una concepción plural de la modernidad implica una concepción plural de globalidad basada en la diferencia entre tradiciones y la diversidad de culturas. En este sentido, la ciudadanía intercultural es una forma distinta de designar el intercambio de opiniones entre los distintos actores culturales. Es este intercambio el que promueve la pluralidad y la solidaridad humana. Las bases de la auténtica interculturalidad, en la que tanto la identidad cultural como la identidad individual se ven fomentadas en lugar de amenazadas, suponen un reconocimiento de la necesidad y la puesta en valor del concepto de «convivir». En este nivel, el diálogo intercultural se convierte en un imperativo ético guiado por el valor de la recepción del Otro como una realidad con la que uno desea compartir soberanía y con la que, en consecuencia, se puede compartir un futuro. Sin duda, el proceso de la investigación intercultural nos ayuda a descubrir un amplio terreno de valores y principios comunes. Yo mismo he participado en iniciativas interculturales en el subcontinente indio, Oriente Medio y Europa, con fructíferos resultados. No se trata solo de un medio educativo de erradicar estereotipos, también supone una acción eficaz de promover valores comunes. No obstante, el hecho de compartir valores fundamentales en un mundo plural no significa necesariamente la abolición de los valores específicos de cada nación. Gran parte del debate sobre la interculturalidad estaría profundamente equivocado si distinguéramos entre culturas «liberales» y «no liberales». Esto quiere decir que la cohesión democrática debe construirse sobre unas bases de capacitación de la diversidad cultural y el conocimiento intercultural. Además, para hablar de pensamiento democrático intercultural, debemos asumir como hilo conductor un análisis renovado del proceso democrático de la toma de decisiones y su promesa de un futuro sostenible y en paz como forma de madurez global. Esta madurez debería servir como doble eje: en primer lugar, como mecanismo para vincular una conciencia planetaria con distintos actores socioculturales y sus demandas y expectativas democráticas y, en segundo lugar, como mecanismo para reforzar una nueva cultura política de reciprocidad y responsabilidad que abarque a toda la humanidad. Es importante que estudiemos esta nueva cultura de responsabilidad como otra dimensión de la conciencia reflexiva humana que apunta a lo que Jurgen Habermas denomina «la pretensión de universalismo moral»². Hemos tendido, especialmente en los últimos 20 años, a considerar la teoría democrática liberal occidental como una especie de absoluto ético, capaz de proporcionar el único marco normativo en el que pueden abordarse y gestionarse los problemas, tendencia que se ha

2. Habermas, Jurgen: *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy*, traducción al inglés de William Rehg, Cambridge: MIT Press, 1998, p.243

hecho patente en las recientes guerras contra el gobierno talibán en Afganistán y contra Saddam Hussein en Irak. Cabe objetar a esta tendencia que acaba convirtiendo la democracia en una ideología fundamentalista. Así, se corre el riesgo de volver a construir un muro de desconfianza entre un Occidente «democrático» y un Oriente «no democrático». Antes de nada debemos dejar claro un punto. No existe nada parecido a un ADN democrático que tengan las naciones occidentales y no las demás. En este sentido, tiene más lógica hablar de pasión democrática en lugar de dividir directamente a las sociedades entre democracias y no democracias. Sorprendentemente, lo que las últimas revueltas populares en Oriente Medio han puesto de manifiesto es que el proceso de democratización se produce a nivel de los actores civiles, y no en los Estados. Un diálogo efectivo entre culturas es, por lo tanto, una exploración enriquecedora y fructífera de visiones del mundo que define un nuevo pensamiento democrático. Así pues, transformar una cultura de irresponsabilidad en una cultura de responsabilidad ayudará a sacarla de una forma de autoaislamiento o autoafirmación agresiva a expensas del mundo que la rodea. Implica la tarea, más difícil, de proporcionar empatía y compasión, y aceptar la actividad de otras culturas y tradiciones de pensamiento. Es decir, solo un diálogo abierto, hospitalario y empático que se toma la otredad (Fremdheit) en serio puede considerarse un auténtico encuentro entre civilizaciones. Por «civilización» no entendemos los avances de la ciencia, la tecnología o la industria, sino una empresa moral que nos muestre el camino a seguir para llegar a ser humanos. Actualmente, en una época en la que la humanidad se enfrenta a un escenario sombrío sembrado de choques de intereses nacionales, fundamentalismos religiosos y prejuicios éticos y raciales, el diálogo entre culturas puede constituir una forma fiable de sentar las bases de una nueva comunidad intercultural. Creo sinceramente que promoviendo un mejor conocimiento del Otro y extrayendo lo mejor de las culturas humanas, el diálogo entre culturas puede contribuir a generar nuevos brotes de creatividad en la sociedad. Mirar al Otro constituye un proceso constante de diálogo y entendimiento receptivo a través del cual podemos llegar a establecer una ética global de comportamiento común a toda la comunidad humana. Así, el diálogo entre culturas debe darse en el marco de la deconstrucción de aquello que justifica la violencia. Fomentar la cultura del diálogo entre civilizaciones ha demostrado ser un elemento crucial para combatir las calamidades de nuestro mundo, en particular el terrorismo y el fundamentalismo religioso. Dado que ambos plantean la diversidad entre naciones como causa de conflicto, el diálogo entre culturas puede ayudar a que esa misma diversidad se convierta en el pilar de la solidaridad humana. La violencia y la intolerancia nacen en la mente del ser humano, por tanto, es en la mente del ser humano donde debe construirse la idea de los valores comunes y la solidaridad humana. La desconfianza y la sospecha entre las personas no existen a causa de nuestras diferencias, sino porque somos conscientes de lo que nos separa más que de lo que nos hace formar parte de la raza humana. Esto es lo que sucede cuando la diferencia se convierte en licencia para matar. Por supuesto que las diferencias culturales existen, son reales, no imaginarias, y forman parte de lo que otorga vida a la raza humana. La idea de un patrimonio común y valores universales compartidos entre culturas no podría ser más oportuna, ya que resulta obvio que no vivimos en civilizaciones distintas del modo que lo hicieron nuestros antepasados. Convivimos muy cerca los unos de los otros, como nunca antes, superando las antiguas fronteras y enfrentándonos a nuevas realidades. La universalidad y la particularidad no son conceptos mutuamente excluyentes, debemos encontrar un equilibrio.

La universalidad y la particularidad no son conceptos mutuamente excluyentes, debemos encontrar un equilibrio

Pero lo cierto es que, a pesar de nuestras diferencias políticas y religiosas, todos tenemos una idea común de lo que significa ser un ser humano. En sus aspiraciones más profundas, todas las culturas y religiones, independientemente de sus diferencias, buscan la misma realidad, la realidad en la que, según Gandhi, «toda la humanidad sea una familia unida e indivisible, y en la que cada uno de nosotros sea responsable de las fechorías de todos los demás»³. A día de hoy, este es el pilar ético sobre el que podría construirse una civilización humana viable. Porque ninguna cultura es capaz de explicar toda la realidad, ya que cada cultura es una mera interpretación particular de la realidad condicionada por el contexto histórico y social. Pero para entender la unidad de la humanidad tenemos que pensar en el paradigma de la interculturalidad como *conditio sine qua non* de la variedad y de las variaciones de nuestro mundo.

Referencias bibliográficas

Adorno, T. *Negative Dialectics* (trans. E.B. Ashton). Nueva York: Seabury, 1973.

Apel, K. O. *Towards a transformation of philosophy* (trans. G. Adey & D. Frisby). Londres: Routledge y Kegan Paul, 1980.

Asuncio-Lande, N. C. (ed.) *Ethical perspectives and critical issues in intercultural communication*. Falls Church: Speech Communication Association, 1979.

Bakhtin, M.M. «Discourse in the Novel», en: Emerson, C. & Holquist, M. (trans.) *The Dialogic Imagination: four essays*. Austin: University of Texas Press, 1981.

Barnlund, D. C. *The cross-cultural arena: An ethical void*, en: Samovar, L.A.; Porter, R.E. (eds.) *Intercultural communication: A reader* (4ª ed.). Belmont: Wadsworth, 1979, p. 394-399.

Buber, M. *I and Thou* (trans. W. Kaufman). Nueva York: Touchstone, 1996.

Evanoff, R. «Towards a constructivist theory of intercultural dialogue», en: Honna, N; Kano, Y. (eds.) *International Communication in the 21st Century*. Tokio: Sanseido, 1999, p. 109-153.

– «Universalist, relativist, and constructivist approaches to intercultural ethics». *International Journal of International Relations*, n. 28 (2004), p. 439-458.

Habermas, J. *Moral consciousness and communicative action* (trans. C. Lenhardt & S. W. Nicholsen,). Cambridge: Polity Press. 1989.

– *Justification and application* (trans. C. Cronin). Cambridge: MIT Press, 1993.

Singer, M. R. *Intercultural communication: A perceptual approach*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1987.

3. Citado en Minerva #30 • Mayo 2006, p.5